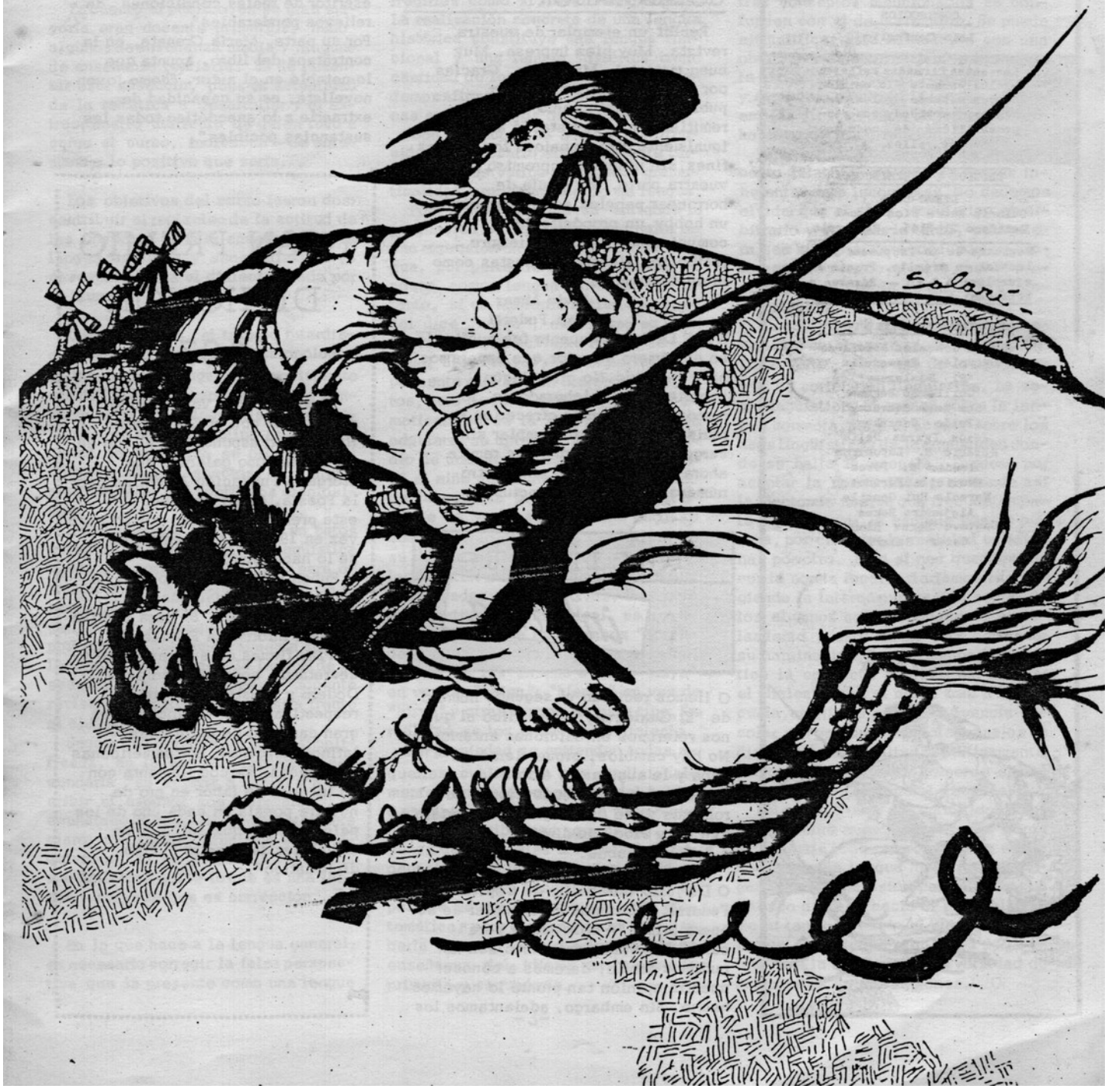
Rocinante

AÑO I - Nº 11 - CONCORDIA, 15 DE SETIEMBRE DE 1987

₳ 1.50



Rocinante

Publicación mensual de interés general

CONSEJO DE REDACCION

Francisco Tomat-Guido
Mario Weichtry
Lucrecia Lessa
Luis María Medina
Guillermo Pink

COORDINACION TALLER LITERARIO MUNICIPAL DE CONCORDIA

Alejandro Bekes

CORRECCION

Lola Cerfoglio

Las notas firmadas reflejan exclusivamente la opinión de sus autores y los conceptos vertidos son responsabilidad de cada uno de ellos.

EDICION Y DISTRIBUCION

LIBRO-CLUB
Galería Entre Ríos - Local 36
Teléfono 21-8145 - Concordia

Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Precio del ejemplar: A 1.50 — Números atrasados: A 2.-

COLABORAN EN ESTE NUMERO

Daniel Gonzalez Rebolledo
Nicolás Passarella
"El Gualeguay"
Guillermo Bekes
Ana Rosa Schrenck
Pablo Gonzalez
Jesús Igarza Delía
Horacio D. Lapunzina
Claudio N. Perez
Mauricio Perinot
Marcelo Rui Gentile
Alejandro Bekes
Gustavo Perez Blanco
Oscar Salarí

TAPA: OSCAR SALARI

COLABORADOR

Recibí un ejemplar de vuestra revista. Muy bien impresa. Muy buen material. Muy linda. Gracias por todo. Con gusto vería la publicación del cuento que les remitiera en la revista. Le acompaño igualmente otro trabajo, a los mismos fines, sin ningún compromiso de vuestra parte. Mi manía de borronear papeles es simplemente un hobby, un propósito de comunicación. Por ello siempre recibo con alegría respuestas como la de Rocinante.

Elvio Aimar
Cap. Federal

N. DE LA R.- Su cuento fue publicado en el número anterior, que esperamos haya recibido. No gire ningún importe. A los colaboradores, lo menos que podemos ofrecerles en reciprocidad, es un ejemplar sin cargo. El material que nos remite ahora será publicado en nuestro número aniversario de octubre.

Rocinante informa

O Hemos recibido el segundo número de "El Gualeguay", periódico al que nos referimos en ediciones anteriores. No hay cambios, sigue viento en popa y le auguramos éxitos continuados. En "retribución", le robamos parte del magnífico reportaje que Cary Pico, su director, hiciera a Rodolfo Taubas.

O De Julio Carabelli, de Capital Federal, recibimos un ejemplar de su ópera prima "A conciencia pura" editado por Marymar. Como aún no pudimos leerla, daremos a conocer nuestra opinión tan pronto lo hayamos hecho. Sin embargo, adelantamos los juicios emitidos por críticos literarios que se expresaron a través de "Clarín" y "La Capital", ésta de Mar del Plata. Antonio Aliberti, en el suplemento cultural del primero, titulándolo "Una obra madura", comenta que la obra "fluye con el tono confesional del monólogo, rica en observaciones, sorprendente por su ingenio y pintorequismo"; Sebastián Jorgi, en la segunda de las publicaciones citadas, afirma que la novela "pone en el espectro de la narrativa actual argentina a un escritor de reales condiciones, de relieves ponderables".
Por su parte, María Granata, en la contratapa del libro, apunta que lo notable en el autor, "como joven novelista, es su capacidad de extraerle a lo anecdótico todas las sustancias posibles".

GRAN PREMIO DE HONOR 1987

El poeta Ruben Vela ha sido distinguido con el Gran Premio de Honor, correspondiente al año en curso, máximo galardón que otorga la Fundación Argentina para la Poesía. Como se sabe, este premio se entregó por primera vez en 1968 y desde entonces se lo hace anualmente.

Ruben Vela es un autor que ha obtenido lauros nacionales e internacionales. Su obra poética —según informa la Fundación, con las firmas de su presidente y secretario, señores Nicolás C. Dodero y Agustín Bronzatti, respectivamente—, "incluída en gran cantidad de antologías latinoamericanas, norteamericanas y europeas, se complementa con su incansable labor en pro de nuestra poesía en cada uno de los países en los que actuó como embajador de nuestro cuerpo diplomático". O

La sociolingüística y la enseñanza de la lengua

por Ana Rosa Schrenck

El 22, 23, 28 y 29 de agosto se desarrolló en Concordia un curso teórico -práctico —con trabajos de comisiones, discusión y plenario— sobre la sociolingüística y su aprovechamiento en la enseñanza de la lengua materna. Este curso fue organizado por el Equipo Regional de Perfección y Actualización Docente de Concordia, dependiente del Consejo General de Educación de la provincia de Entre Ríos. Su conductor fue el Dr. Jorge Díaz Vélez, actual Rector de la Universidad de Concepción del Uruguay.

En cuanto al público, en su gran mayoría eran docente primarios, hubo algunos de enseñanza media y ninguno de enseñanza terciaria. Es de lamentar esta ausencia, pues la actualidad de la temática a desarrollar y el extraordinario currículo de quien tuvo a cargo el curso, indicaban —de antemano— lo positivo que sería.

Los objetivos del curso fueron dos: contribuir al replanteo de la actitud de los docentes ante la enseñanza de la lengua española y sensibilizarlos en el respeto hacia el dialecto usado por el alumno.

Como sabemos, el trabajo interdisciplinario de sociólogos, antropólogos y lingüistas dio lugar a un movimiento científico de gran importancia que confluye en la sociolingüística. La aplicación de esta disciplina en la enseñanza de la lengua se orientó en el curso hacia dos aspectos: a) la ejemplaridad y b) los conflictos disglósicos.

Detengámonos un poquito en estos aspectos. La ejemplaridad lingüística busca una norma, un criterio, para orientar a los alumnos en el uso de la lengua. Los conflictos disglósicos surgen cuando la lengua de los alumnos, por razones fundamentalmente sociales, no coincide con la lengua de la escuela. Debe, entonces, el docente revisar la actitud que asumirá frente al alumno.

Según una fórmula un tanto simplificada, en la escuela primaria y secundaria "se enseña a hablar y a escribir el español con corrección". El enunciado es sencillo y aparentemente claro; sin embargo encierra varios equívocos. Estos surgen de conceptos mal definidos sobre lo que es una lengua y sobre lo que es corrección.

En lo que hace a la lengua general, es necesario corregir la falsa perspectiva que la presente como una lengua real de la que las distintas variedades no son sino divergencias. Las lenguas no existen; existen los hablantes que utilizan las lenguas para comunicarse. Por eso ellas son cambiantes. Las lenguas históricas (el español, por ejemplo) están cargadas de polimorfismos, de variedades. No podemos corregirlas como si fueran homogéneas. La realización concreta de una lengua histórica constituye una lengua funcional y una lengua histórica tiene cantidad de lenguas funcionales. Podemos afirmar que las lenguas históricas son complejos dialectales.

Con respecto a la noción de corrección, es necesario distinguir este término y otros varios conceptos: gramaticalidad, propiedad, estilo de lengua.

Por gramaticalidad se entiende la producción o aceptación consciente de una expresión en una determinada lengua, por parte de una persona que la posea como lengua materna. Por lo tanto, si un hablante nativo de español dice "haiga", esta forma es gramatical. Si otro hablante nativo de español dice "haya", ello significa simplemente que hablan dialectos distintos, pero de la misma lengua. La gramaticalidad de la lengua materna se adquiere, se aprende, pero no por medio de una enseñanza sistemática. Así, el niño que ingresa al primer grado de la escuela primaria, lingüísticamente es ya un adulto: tiene perfecto dominio de la estructura gramatical de su lengua materna y posee un vocabulario suficientemente amplio para sus necesidades comunicativas. Respecto de la estructura gramatical, es una ilusión creer que los alumnos "aprenden" en la escuela la lengua materna, cuando se les enseña a decir "haya" en vez de "haiga"; "hierve" en vez de "hirve" y otras formas de este tipo. En realidad, se les enseña otro dialecto.

Por propiedad se entienden todas aquellas cualidades que tradicionalmente se consideran propias del hablar o escribir bien (que no es lo mismo que hablar o escribir con corrección), algunas de las cuales son: claridad, ordenación, precisión, riqueza, fluidez, etc. En algunos casos (muy pocos) es posible adquirirlas sin una guía sistemática, pero su enseñanza es —debería ser— el objeto principal de la enseñanza del idioma en la escuela primaria y secundaria.

Por estilo de lengua se entiende la elección de ciertas formas lingüísticas (con referencia a todos los aspectos de una lengua: vocabulario, construcciones, pronunciación) de acuerdo con la situación social en que se las emite.

Se debe destacar que ninguno de los tres conceptos mencionados se confunden con el de corrección. Se puede ejemplificar esta afirmación con una obra como "Martín Fierro" a la que se le atribuye propiedad, gramaticalidad y estilo; no obstante la lengua del poema es "incorrecta", según el criterio habitual de la corrección.

El criterio de corrección es un concepto relativo, no existen formas inherentemente incorrectas. No debemos olvidar que el signo lingüístico es arbitrario y que, por lo tanto, cualquiera sea su forma, será adecuado en tanto sea compartido, puesto que su función primaria es la de facilitar la comunicación.

La sociolingüística nos permitió analizar, en el curso dictado por el Dr. Díaz Vélez, cada uno de los parámetros de corrección lingüística. La sociolingüística, al opinar sobre la lengua correcta, pone el acento sobre los usos lingüísticos de la comunidad donde se halla la escuela. Empieza por aceptar la norma local, evitando así la dicotomía nociva que frecuentemente se observa: la escuela con su pureza, por un lado; la realidad cotidiana, por otro. Pero si nos quedásemos con la norma local, estaríamos restringiendo la intercomunicación social de los alumnos con su consecuente aislamiento y esto es lo más delicado: su marginación. En este campo lingüístico la conducta a seguir es: aceptar el dialecto que el chico trae a la escuela, ampliarlo en la convivencia escolar e ir proporcionándole manejos de dialectos de amplitud paulatinamente mayores (el regional primero, el nacional luego, el general después).

Este curso nos ha permitido reflexionar sobre nuestras actitudes frente al lenguaje. Con referencia a la enseñanza de una lengua histórica, he llegado a la conclusión personal de que no debo disparar hacia el particularismo ni tampoco hacia el purismo. Debo lograr el delicado equilibrio de la unidad de la lengua en la diversidad de los aportes de sus regiones. O

El escritor Tomat-Guido, junto a su hijo, en diálogo con CONCORDIA.

El escritor Tomat-Guido fue nombrado académico en Portugal

El escritor local Francisco Tomat-Guido ha sido nombrado recientemente **académico benemérito "ad-honorem" del Centro Cultural y Artístico de "Gazeta de Felgueiras", de Portugal.**

El nombramiento se habría concretado hace unos meses, pero sólo recién hace unos días recibió la notificación oficial del mencionado centro.

Francisco Tomat-Guido, como se recordará, es un escritor de vasta y conocida trayectoria. Autor de los poemarios "De olvido a olvido", "Antaño solemne", "Canción Celeste", "Los Milagros invasores", "Acta de acusación", "Lepra abismal", "Tierra de hombre", estos dos últimos inéditos, entre otros.

Ha recibido destacados premios por su labor literaria, entre ellos el Segundo Premio de la Fundación Fortabat en el género poesía, el Primer Premio Nacional del Primer Concurso literario que organizara la SADE, por su libro "Antaño Solemne".

PORTUGAL

Precisamente, para referirse a varios aspectos de la distinción que recibiera, el escritor visitó nuestra redacción, donde manifestó que la organización que lo nombrara académico nuclea a dos mil escritores de todo el mundo.

Consultado acerca de su vinculación con esta corporación portuguesa, Tomat-Guido dijo que "hace un par de años, el escritor santafesino De La Peña, de visita en Concordia, le pide sus antecedentes para remitirlos a Portugal".

"Pasó el tiempo y un buen día recibio una carta del presidente de la organización, pidiéndome nuevamente antecedentes y libros", —dijo Francisco Tomat-Guido" hasta que recibo finalmente la notificación que me nombra como académico".

Acerca del motivo de la designación, Tomat-Guido manifestó que "será por mi trayectoria en el campo de las letras".

Tomat-Guido, poeta de la generación del '40 una de las preclaras generaciones poéticas argentinas, a pesar de haber nacido en esta ciudad pasó casi toda su vida en Buenos Aires, "en la bohemia de Buenos Aires", según sus propias palabras. Cuando regresa a Concordia, lo hace con pleno convencimiento de la vuelta a una tierra que es parte de su propio ser.

En Buenos Aires, entre otras actividades se desempeñó por largos años en las redacciones de los diarios "Clarín", "La Nación", "El Mundo", "Noticias Gráficas".

LAS NUEVAS GENERACIONES POETICAS

Poseedor de un sentido crítico aguzado, Tomat-Guido a pesar de haber transcurrido ya varios movimientos literarios en Argentina, se manifiesta con muchas esperanzas hacia las nuevas corrientes poéticas nacionales.

"Tengo muchas expectativas ante las nuevas generaciones, que están enquistadas en la realidad, unos, y otros en las búsquedas de lo metafísico".

"Aunque, por supuesto, están los falsos poetas, aquellos que son plañideros que sólo consiguen escribir cositas de pocas monta, y son personalistas, ególatras. Pero de todas maneras el saldo que se puede establecer acerca de estas nuevas generaciones es muy positivo", dijo.

"El escribir refleja la realidad, es un reflector de ella. Por eso espero ser así cuando deba tener mi propia participación en esta organización "Gazeta de Felgueiras", —sostuvo finalmente Francisco Tomat-Guido.

Distinciones que honran

En oportunidades anteriores hemos difundido hechos que sirvieron para distinguir a algunos de nuestros compañeros de tareas. Para hacerlo, tuvimos que vencer la humildad de los directamente beneficiados con una designación, un premio u otra distinción. Aducen —ellos— que no podemos utilizar las páginas de nuestra revista para ensalzar la trayectoria o el logro de un integrante de la misma.

El caso más notorio es el de Francisco Tomat-Guido, escritor que cuenta con una larga trayectoria —para nada opaca— en el campo de las letras. Pocos meses atrás fue distinguido en una reunión de escritores celebrada en Concepción del Uruguay, y fue muy poco lo que nos permitió publicar al respecto; nunca mencionamos el premio obtenido el año pasado en el concurso organizado por la Fundación Fortabat y apenas si nos autorizó a publicar el cuento premiado en otro concurso, éste en la República Oriental del Uruguay.

Bien. Ahora debemos informar —aunque no como primicia— que Francisco Tomat-Guido ha sido nombrado académico benemérito del Centro Cultural, Literario y Artístico de "Gazeta de Felgueiras", en Portugal, del que se ha hecho eco el diario "Concordia" de nuestra ciudad. Simultáneamente, "La Nación" del 23 de agosto, en su suplemento cultural, con la firma de David Martínez, comenta elogiosamente la aparición de "Acta de acusación", libro de poemas de nuestro compañero de tareas, que —dice— retoma "el vuelo de una voz clara y definida".

Estos dos hechos, sumados a los anteriores, registrados todos en un período menor a un año, nos hacen pensar que 1987 ha sido, ya, un lapso pródigo en distinciones para don Francisco. Que las merece, por cierto, y que convalida aquello de que "el que persevera, triunfa" y de tantas otras frases populares cargadas de sabiduría. Especialmente en un campo tan plagado de sorpresas como el de la literatura, en el que es el tiempo, precisamente, el que termina por filtrar el resplandor de un momento de los auténticos valores de una obra permanente. O

"Acta de acusación"

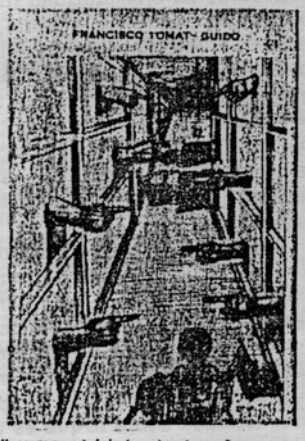
Por Francisco Tomat-Guido

(Ediciones Flor y Truco, Concordia)

Larga obra en verso lleva emprendida este autor, desde *Canción celeste* (1942), paralela a varios opúsculos y libros de ensayos que completan una inquieta actitud estética.

Esta nueva colección del poeta afincado en Concordia, Entre Ríos, por los temas que desarrolla, dijérase que abarcan, dentro de su brevedad, composiciones actuales y, posiblemente, de años anteriores. Para ello, bastaría la lectura de sus títulos que traen a la memoria el recuerdo cruento de tiempos no muy lejanos, como se advierte en la composición "Farándula del terror": "Nadie quiere caminar cargado de la maldición, del/ falso orgullo, de la sospecha, de la frustración,/ de la inseguridad, de la miseria, del abuso y la/ intimación, de esa saliva terrosa, que con grosera/ impertinencia heredan los espejos del tiempo". Pero también está la naturaleza del "mediodía litoral", "el aire (que) es apenas/ un temblor en los árboles"; "Las llanuras de la patria", "las piedras de quejumbrosos silencios": "Piedra sobre piedra para la historia./ Tiempo sobre tiempo la muerte ajusta su/ biografía".

Libro de madurez, recorrido por "sangre nutricia (que) se transforma en una síntesis de amor y de esperanzas", como bien dice al comienzo de estas páginas que retoman el vuelo de una voz clara y definida. (39 páginas.)



David Martínez

(c) LA NACION

LOS EX COMBATIENTES

por Claudio N. Perez

Tenía que ir al Boston a renovar un plazo fijo, pasar por la casa de Betina para decirle que el jueves daban de alta a Manuel y después llegarse hasta el Banco Hipotecario y hablar con el Colorado para averiguar cuando salía el crédito. El cartero lo paró con un "cómo te va, varón" y luego hubo una carta que decía Daniel Freire desde la capital.

Decir Daniel Freire era decir "¡Ordene, mi sargento primero!" y un frío húmedo y sangriento y un Fal que mató sombras —y a lo mejor más— en una isla que no quería recordar, pero que Daniel Freire lo obligaba a recordar con ese nombre y esa carta, una mañana en la que Cacho tenía que ir al Boston y a la casa de Betina y al Banco Hipotecario, pero que ya no iría porque Daniel Freire le había escrito desde la capital.

Leyó el nombre de una novia tucumana que estudiaba Ciencias de la Educación y el de un amigo peruano que compartía su pieza en una casona del centro, y otro, que creyó alemán y que era el nombre de la joyería donde Daniel trabajaba; y otro más, pero conocido, que estaba pegadito a un "bien, como siempre, pero más viejo, como vos y yo". También había una fecha y una hora en Rosario Norte.

Llamó a la oficina de Adriana y le dijo que el viernes no iría al asado del club porque llegaba Daniel desde la capital. Fue suficiente que dijera Daniel, el de Malvinas, para que Adriana no protestara y se despidiera con un "chau, mi amor" como era su costumbre.

Preparó café y fue hasta el roperito del fondo a buscar las fotos de la colimba que había sacado Chiqui. Las caras sonrientes de los primeros días como soldados negaban brutalmente aquellas otras no fotografiadas al final, muy frío y muy húmedo, saturado de ausencias (que se llamaron Chiqui, el negro Ojeda, Jorgito, Rolando y más, muchos más), en una isla tan lejos de él ahora, pero tan cerca como la cama sobre la que dormía todas las noches o las tardes de Adriana en Corrientes y Córdoba después de la inmobiliaria. Era difícil descolgar de los párpados la sonrisa falsa de Daniel cuando supo que nada más un brazo o los ojos del negro Ojeda que lloraba todas las noches, la mano temblando de Chiqui a quince minutos de ser una nada de sangre y trapos verdes sobre la tierra muy húmeda y muy fría. No, no era fácil descolgar horrores y mucho más en Rosario Norte un viernes a la noche mirando las fotos de la colimba que había sacado Chiqui para perder minu-

tos hasta que llegara Daniel Freire desde la capital.

Se dijeron "tanto tiempo" y "cómo te va" y "yo bien ¿y vos?" y "el viejo y tus viejos" y "todos bien". Después fue un silencio de hechos acumulados durante cinco años de no ser, aunque eran los soldados clase sesenta y dos Freire y Perez que esperaban ser relatados pero que no podían ser relatados hasta que ambos no abandonaran esa prisión de frío y humedad y sangre y mar que los retenía al reconocerse.

El sábado Cacho se levantó temprano porque quería ir hasta lo de Betina para decirle que el jueves daban de alta a Manuel y después iría al Boston y después hablaría con el Colorado por el crédito y después Adriana lo escucharía decir, en Corrientes y Córdoba a la salida de la inmobiliaria, que Daniel tenía canas y una pancita prominente y una novia tucumana que estudiaba Ciencias de la Educación, y un amigo peruano que era macanudo y compartía su pieza en una casona del centro y al final, un estirado: "Lo noto, no sé, algo raro, como si no estuviera bien, como yo los primeros días".

Adriana pagó el taxi que lo dejó en la esquina de Gutemberg y San Luis y le dijo que ahora no, mañana, pero se quedaba nada más que tres días, y bueno chau, después te llamo. Cuando entró, Daniel estaba cebándose unos mates y se preparaba para bañarse.

Anoche, con el apuro de decirte todo de un solo saque, no te conté", pensó Cacho, pero no lo dijo porque Daniel habló primero: "Anoche, con el apuro de decirte todo de un solo saque, no te conté que Chiqui trabaja conmigo en la joyería". Cacho chupó con fuerza la bombilla y dijo "mirá vos, qué bien, che", y esquivó la repetición del muerto resucitado con un "Adriana viene esta noche, creo", y seguidito, como para no darle tiempo a otro Chiqui: "¿Pero por qué no lo trajiste al peruano, si total aquí hay lugar como... —se detuvo por las consecuencias pero igual lo dijo— ...como para todo el escuadrón", pero seguramente sin Chiqui, ni el negro Ojeda, ni Jorgito, ni Rolando, ni tantos otros que no podían seguir muriendo en Rosario o Buenos Aires, como ellos; matándose lentamente a mordiscones en Rosario o Buenos Aires pero no allí sino en aquella isla muy fría y muy húmeda que no los dejaba salir. Daniel entró en el baño silbando el himno nacional y Cacho volvió a una noche que fueron setenta u ochenta o cien noches, pero que pudieron ser más de no existir Adriana y mamá y el doctor Quesada y la doctora Almeida y tantos, tantos otros que lo ayudaron a no levantarse gritando "¡Chiqui, Chiqui!" y después salir corriendo y correr y correr hasta vomitar miedo y bronca y mucha bronca y mucho miedo en cualquier calle o plaza o basural, a veces ensangrentado por los golpes de vaya a saber qué borracho o imbécil o novio protector o policía cumpliendo con su deber. La guerra había sido un infierno pero el regreso no lo fue menos. Caminatas de horas y horas buscando trabajo, escuchando palabras que lo gambeteaban para no herirlo pero que lo herían más, mucho más; vecinas que después de un par de metros, decían: "Pobre ángel, quedó así después de Malvinas"; el miedo de quienes saben que mató pero que no saben que él no quiso, que no tuvo opción, o moría él o moría otro que no conocía pero que era igual a Chiqui, al negro Ojeda, a Jorgito y a tantos, tantos otros que no pudieron seguir muriendo en Rosario o Buenos Aires como Cacho o Daniel.

Cacho le avisó que iba a la esquina a comprar algo para el almuerzo y que no iba a tardar, y Daniel "por mí no te hagás problemas, que yo como cualquier cosita y después tengo que ir a la casa de los viejos de Chiqui para darles un encargo del flaco"; "y bueno, como quieras, ya vengo enseguida", y caminó lentamente entre la tierra muy fría y muy húmeda del asfalto de San Luis al cuatro mil setecientos

CIUDADANO

por Mauricio Perinot

Villa Maipú-San Martín Pcia.de Bs.As.

Yo, ciudadano, provocaré un bien a la comunidad. Y punto. Después, si ellos quieren, que me vuelvan a mi tierra de origen. Pero habré sido útil. Como todo hombre con un par de razones tiene que serlo.

Fue a partir del vino, de su renunciamiento, que encontré el camino. "Ciudadano, tenemos el vino y la arteroesclerosis por un lado, y la internación y el doperidol por el otro". La alternativa médica era irrebatible. El vino me gustaba, pero alimentaba a la par mi arteroesclerosis e iracundia. Me costó dejarlo. Probé la coca-cola y descubrí que era una bebida hedionda que, además, costaba casi como el rey. Y comencé a castrarme con el agua, "que pudre los puentes".

Con ella encontré el camino. Mis neuronas comenzaron a depurarse y mi mente se aclara día a día. Puedo hablar de clarividencia con respecto a mi entorno y del país. Paulatinamente se me hace la luz sobre la terrible realidad circundante. En este gran Baires estoy solo para descubrirlo y sin poder comentarlo. "Al país le va mal y hay que conformarse". Era la clave que tenían que aceptar las masas. Para atemperarla se operaba con el inocente líquido elemento.

Degustador del vino, lo hacía con el agua. La encontraba pobre, aletargada. Con un gusto casi mental de cosa sin vida. Pero ¿qué es lo que hace que a la media hora se repita la experiencia de beber? ¿Mi psicosis? ¿O el efecto en el organismo esperado por ellos? Y luego de beber, el aplacamiento, el conformismo. El ingresar pausado en sí es no es de bienestar. ¿Devenido por el relegar y deslindar de responsabilidades?

Con una pastillita en el agua se controlaba y eliminaba la capacidad de reacción de la sociedad. Sigo observando. No hay gente en las calles después de las veintiuna. Las familias quedan satelizadas al televisor, desde donde continúan con el lavaje mental. Aumenta la indiferencia hacia lo político, económico y social. Actitudes gregarias. Ancianos descartados suman su angustia en atroces morideros.

Me mezclé con la gente, diario en mano. Gritándoles las cifras de la inflación, del costo de vida, de la canasta familiar, la pérdida del valor adquisitivo. Sólo abandonaron la pasividad para tildarme de agitador. Lo conté en casa y les hice una pregunta: ¿saben ustedes que agregándole al agua algún alcaloide o barbitúrico se controlan las muchedumbres? "Pero viejo, otro de tus delirios..." Alguien interrogó: "Cuándo viene el barbetta?"

Confío en la pureza de ciertos jóvenes, ángeles exterminadores que arrasan las noches de Baires. Defienden su rebelión con marijuana y break-dance y la aúllan, en el saqueo, la violación y el robo.

Estoy esperando la visita del psiquiatra del Borda. Después... Tengo lista la solicitada: "Al General. A la Opinión Pública. He comprobado fehacientemente..." O

hasta llegar a un almacén y no contestar los saludos porque estaba allí pero no estaba allí sino en una isla muy fría y muy húmeda en la que Chiqui gritaba y gritaba y le temblaba la mano a quince minutos de ser una nada de sangre y trapos verdes sobre la tierra. ¿Por qué Chiqui y no el negro Ojeda o Rolando o Jorgito o tantos, tantos otros? ¿Por qué precisamente el hombre que él había visto despedazarse en el aire a diez o veinte o treinta metros de su pozo de zorro, una mañana muy fría y muy húmeda en una isla tan lejana pero no tanto?

Y fue después, una tarde de Adriana en Corrientes y Córdoba con dos cortados a la salida de la inmobiliaria, y "Daniel no está bien, me dijo que trabaja con Chiqui en la joyería y que está metido en el partido de Galtieri", y ella no decía nada pero lo decía todo con esa agua salada pegada a los ojos; y siguió un "está muy mal, vive en otro mundo", y ella lo miró muy turbada y le dijo (pero no a él): "Otra vez no, por favor, Dios mío. Otra vez no", y salió corriendo por la peatonal, muy ella con su minifalda de jean pero distinta, como otra Adriana; era ella, sí, pero otra, aunque Cacho no supiese encontrar la diferencia.

Terminó el café y pensó que Daniel no había recibido ayuda de nadie y que estaba totalmente solo flotando en una locura filosa que envolvía a todo aquel que vio morir y matar y mató y murió, aunque no lo supiera. Se impuso el deber de traerlo a la orilla de la realidad que si bien era tan cruel como la guerra, era la única que debía existir. Cacho tenía que negarle a Galtieri ganador de Malvinas, a Chiqui vivo y secretario de algo en la juventud galteriana, a todo un pueblo apoyando a un general héroe y casi seguro presidente democrático del país. Y lo haría: lo haría porque era su deber y lo haría porque Daniel era un espejo en donde Cacho veía reflejada su propia imagen de no haber sido por la ayuda de Adriana y de mamá y del doctor Quesada y la doctora Almeida y de tantos, tantos otros que no le permitieron vivir una comedia que no era la suya. Se dijo que hablaría con Quesada, pero no, primero tendría que hablar con él. Había que prepararlo. No iba a resultar fácil hacerle entender que necesitaba un psiquiatra. Cacho tendría que ir despacio, haciéndole entender ciertos hechos poco a poco, sin forzarlo. Había que crear el clima propicio para la primera entrevista y esto iba a ser una tarea que demandaría mucha paciencia y también mucho tiempo, pero Cacho lo intentaría porque Daniel era lo que Cacho hubiera sido de no ser por tantos, tantos que lo ayudaron a no vivir una comedia que no era la suya.

Tomó el diez en Rioja y se bajó en la esquina de Pascual Rosas para comprar queso y algunos fiambres y pan lácteo y mayonesa para la cena y cuando llegó a su casa, Daniel estaba preparando la mesa. "Hace un rato llamó Adriana", gritó Daniel desde la cocina. "¿Y qué dijo?", preguntó Cacho algo sorprendido. "No, nada importante, pero estaba preocupada por vos". Daniel no terminó la frase porque no quiso o porque Cacho le preguntó si había comprado el diario y él le dijo que sí, está sobre el televisor; y Cacho lo miró pero sin mirarlo y le preguntó como estaban los padres de Chiqui, y "muy bien, te mandan saludos y me dijeron que los vayas a visitar y que no mueran". Cacho se preguntó a quienes habría visitado en realidad, que voces le habrían recomendado que no tomara frío, que no faltara al trabajo, que cuidara la novia y "decile que estamos bien y que lo esperamos la semana que viene", pero que jamás sería la semana que viene porque Chiqui había muerto en una isla muy fría y muy húmeda y tan lejana, aunque no tanto.

Cacho le preguntó si pensaba que Galtieri ganaría las elecciones, y Daniel, "claro, viejo, con todo el aparato y todo el pueblo a favor ¿qué duda cabe?" Cacho tuvo ganas de gritarle perdimos, Daniel, perdimos vos y yo y Chiqui y Rolando y el negro Ojeda y Jorgito y tantos, tantos otros; perdimos vos y yo y ellos y nadie más, pero no pudo hacerlo porque Daniel habló primero: "El viejo es otro Perón, Cachito; no gana: afana", y Cacho, después, preguntó: "Adriana qué dijo" y "habló de un doctor que ya no recuerdo el nombre y me dijo... pero vos estás bien, Cacho ¿o no?" "Sí, por supuesto". Y entonces lo supo; lo supo o lo intuyó y no quiso saberlo pero de todas maneras ya lo sabía.

El martes Cacho se levantó temprano porque debía ir hasta la casa de Betina y decirle que Manuel el jueves salía del hospital y después, renovar un plazo fijo en el Boston y después preguntarle al Colorado cuando salía el crédito. Tomó el diez en San Luis y Gutemberg y se bajó en Sarmiento. Observó el asfalto y la zapatería y una cocina Longvie y un centro musical en tres cuotas y una mujer paseando un bebé y un anciano cruzando la calle y a pesar de la zapatería y de la cocina y del centro musical y de la mujer y del bebé y del anciano supo que estaba en el infierno; por eso no se sorprendió ayer al leer en La Capital algo sobre el quinto aniversario de la victoria en Malvinas y una candidatura apoyada por todos los patriotas y un general héroe que pronto sería presidente. O

Libro CLUB
Galería
Entre Ríos
Local 37
Concordia

Este estudio sobre los Montoneros ofrece un análisis crítico de un movimiento que estuvo sumamente comprometido en la crisis política argentina de los años setenta. La obra explica cómo fue posible que un pequeño grupo de católicos radicalizados desarrollaran en la Argentina y en América Latina una de las guerrillas urbanas más influyentes y eficaces, y cómo finalmente fue silenciada. El autor analiza con todo detalle por qué, pese a contar con un apoyo popular considerable, los Montoneros tuvieron que recurrir a una estrategia cada vez más militarizada, que fatalmente acabó por aislarlos de la sociedad argentina.
Este es, sin duda, el estudio más sólido que hasta la fecha se ha publicado sobre la guerrilla argentina. El autor se sirve de entrevistas personales realizadas con montoneros en Buenos Aires, La Habana y Londres, y sus fuentes de información material llegan a incluir documentos internos de la organización. Por lo demás, si bien esta obra examina un movimiento específico, su crítica de la guerra de guerrillas cobra una importancia que va mucho más allá de las fronteras de la Argentina.

CUENTO DE LOS PAGOS DEL PELUDO

por Marcelo Rui Gentile

Ilustración del autor

La tarde se apagaba con pereza. Enjambres de mosquitos, mezclando sus zumbidos con el ronroneo de los moscardones, opacaban el silencio de esa siesta.

De vez en cuando llegaba de Pueblo de las Animas el canto de algún gallo, el eco del ladrido de unos perros, o en la brisa cabalgaba alguna conversación entrecortada.

El manso chapotear del agua que fluía por la boca del Maldonado, de lomo barroso y escamado, por allí confluía con el río Aguará Teyú, siempre fresco y transparente al decir de don Ataulfo.

Envuelto en las fragancias de las frondas llegó bogando don Ataulfo Herrera, señor del río, quien —al ver remolineando entre los juncos y la paja cortadera al infaltable grupo de pescadores domingueros— se les arrimó, cortando con su ligera embarcación el espejo de las aguas, para decirles:

—¿Qué hacen por acá? —más cumplidor que preguntón.

—Pescar —fue la contestación de todos, hecha rutina.

—¡Si viven enredando aparejos en los camalotales! —les replicó, a modo de consejo.

Pero como bajo el calcinante sol, de a ratos ocultado por alguna nube sin destino, subieran y bajaran unos hombros retrucando un "¡Qué me importa!", Ataulfo insistió: "¡Sálganse de las restingas de este arroyo guacho!", apoyado en un remo hundido ya en la tierra de la costa, para seguir diciendo: "No pierdan tiempo aquí. ¡Váyanse para lo limpio!", mientras que, con un gesto de cabeza, les señalaba para el lado de "su" río. Mas como viera que su decir caía en saco roto, hundió el remo y, despacito, se fue hacia el centro de la correntada donde, al rato nomás, era otro punto, semejante a uno de los tantos mbiguases que zambullían y pescaban con sus picos en el río Aguará Teyú.

Los pescadores, caprichosos, siguieron en el Maldonado. El más encamizado era don Giácomo Panzeri. A cada rato se enredaba con la línea, molestaba a los demás o los impacientaba pidiéndoles, ya que le encarnaran el anzuelo, ya que le desengancharan los anzuelos que se le clavaban en los dedos. En una de ésas, Mauro Gomez, el más experto pescador, ya cansado le previno:

—Mirá, Panzeri: ¡encarnate tus anzuelos!

Y dicho esto, todos, volviéndole la espalda con gestos sobradores, lo ignoraron y se fueron a sus cosas, haciéndole decir:

—¡Está bene..! —resignado.

Entonces, don Giácomo, tristón y pensativo, sentándose en el suelo, empezó a mirar en busca de carnada. Hasta encontrar un bocado nada apetecible en un gusano isoca, muy blanco y redondito, que había tenido la triste idea de dejar el mundo subterráneo. Don Giácomo enganchó el bichito en el anzuelo, revoleó con aspaviento ese aparejo suyo que era más hilo que piolín, y lo tiró, todo enredado. Este, con un zumbido leve, fue a caer a pocas brazas de la orilla, provocando la algarabía de los otros. Que a los gritos de:

—¡Ahora se pesca un yacaré!

—¡O una tortuga!

—¡Seguro que se trae una vieja del agua para compañía!

—¡No! ¡Va a engancharse un carpincho, del sobaco!

y de otras frases solidarias, de ese estilo, lo humillaron con sus risas.

El sol fue descendiendo y las sombras se alargaron. Un suave viento empezó a sisear entre los juncos, llevando a los cuerpos sudorosos su oloroso masaje de frescura.

A todo esto, no picaba. A no ser los mosquitos, que afilaban sus lancetas. Y en eso, cortando la placidez de esa hora de embeleso y de camaradería ribereña, se oyó de pronto un alarido de Panzeri, que retumbó por el ribazo:

—¡¡¡La mía piola se está... hundiendooo...!!! —al tiempo que saltaba como un chico sobre un pié y sobre el otro.

Los demás, con incrédula pachorra, lo miraron. Y se sobresaltaron. Porque algo tironeaba el aparejo, iniciando una corrida.

—¡Soltá piola, Panzeri! —le recomendó a los gritos Comadrejón Zamora, en tanto que Mauro Gomez, en cuatro zancadas, llegando a la carrera, le gritaba:

—¡Tirale y aflojale, que te ayudo!

En un momento cambió todo, ya que de golpe, la placidez se hizo afiebramiento de voces y de gestos de unos pescadores que, de repente, se volvían un manojo y borbollón de brazos alargando y recogiendo un aparejo.

¿Y don Giácomo Panzeri?

Don Giácomo ensayaba salvajes pasos bailarines y, golpeándose el pecho, articulaba los gritos de los monos de la selva de aguas arriba.

Pero el tiempo no pasaba.

Los minutos se hacían horas, mientras que las sombras ya acechaban a ese grupo. Que aflojando y recobrando el aparejo para así cansar al pez, transpiraba, se afligía y se cansaba.

—¡Nunca ví una cosa igual! —murmuraba Mauro Gomez, adivinando el tamaño de la presa por las olas que trazaba.

—Machazo bicho ¿no? —preguntaba, afirmativo, don Abdala.

—¡Tiene una cabezota de caballo! —comentaba don Abraham, mientras que el grupo de curiosos salidos de quien sabe donde, con Zamora repetía:

—¡Qué pescado..! ¡Qué pescado..!

¿Y don Giácomo Panzeri?

Don Giácomo, alentado con tales comentarios, besaba el suelo haciendo mil telúricas piruetas y rezaba en el idioma de los indios.

Con el correr del tiempo el pez se fue cansando. Hasta que, en una de ésas, tras unos postreros y agonizantes coletazos —y cuando la empatilladura con alambres del anzuelo de Panzeri estaba a punto de cortarse— un dorado enorme, abiertas sus mandíbulas dentadas, entre espasmódicas boqueadas, de pronto se quedó quieto, a flor de agua, rodeado de un silencio sepulcral. Que era de admiración por su tamaño, y de varonil respeto por sus rojas agallas peleadoras.

Puesto sobre los yuyos, el dorado era una impresionante mancha amarilla que, relumbrante sobre un tapiz de verdes restallantes, recibía por tributo las caricias de los rayos del sol en el ocaso.

Y cuando llegó Ataulfo Herrera y lo cargó en su canoa —porque no era fácil llevar así nomás tamaña presa de cuarenta quilos— le faltaron las palabras. ¡A él, que habría visto peces grandes! Fue por eso que, como todo comentario, tan sólo arqueó las cejas y, estirando los labios, pudo mal que mal articular un profundo silbido reverente.

¿Y don Giácomo Panzeri?

¿Don Giácomo? ¡Lloraba..!

El calendario fue deshojando los meses y los años.

Y aquellos mismos pescadores, domingo tras domingo, siguieron recorriendo las riberas del Aguará Teyú y del Maldonado, cumpliendo con su rito inacabable. Y aunque entre ellos don Giácomo Panzeri jamás volvió a pescar ni la más miserable mojarrita, su hazaña había bastado. Ya que para Pueblo de las Animas, luego de su pesca memorable, don Giácomo se convirtió en el patriarca pescador más fabuloso de todos esos contornos.

Tanto, que su leyenda, pulida y aumentada con cariño, llegó a atribuirle hechos tales que sólo existieron en la imaginación de las gentes de toda la región de los Pagos del Peludo. Y cuanto, que desde Mauro Gomez hasta don Ataulfo Herrera, pasando por Abdala, Abdul, Abraham, Zamora, el padre Frutos y otras yerbas, no sólo lo consultaban respecto del pique y la carnada, de la luna y los anzuelos, sino que, luego de disputárselo para llevarlo de mascota toda vez que salían a pescar, finalmente, de común acuerdo, decidieron hacer una sola comparsa pescadora para llevar a Panzeri de estandarte. Ya que juraban y rejuraban todos, desde el ateo Marcelino hasta el padre Frutos, que llevar a don Giácomo de pesca era el mejor conjuro para que la pesca no fallara.

Y aunque nunca más volvieron a pescar otro dorado de cuarenta quilos, cierto fue que jamás volvieron sin pescados.

¡Qué valor tiene la suerte! ¿No? ●

LA ROSA

Está sola en el viento. Quieta. Alada.
Obra de Dios, tangible y tan abstracta.
Metáfora y materia en ella aunadas.
Llama de la armonía, viva, intacta.

Piel del amor, su cálida caricia
pone en mi mano el ímpetu del ala;
su celestial aliento, la primicia
de la Poesía inmortal, sutil exhala.

De mi sed de Absoluto y de Infinito
mística Forma; Gracia deslumbrada,
donde comulga mi lama, el sueño, el rito
que asalta litorales de Alboradas.

Del Enigma divina arquitectura,
ardiente en la planicie desolada
del viento, que desflora la hermosura
de su íntima palabra perfumada.

Transubstanciada gracia, eucaristía,
de la pura belleza ensimismada
de la espiga lustral de la Poesía
a los vientos del mundo desflorada.

Entrañable memoria hay en su limbo,
crónicas amarillas, dulces lumbres
de lámparas votivas en su corimbo,
que empaña el ala de la pesadumbre.

Desflorando sus velos, temblorosa,
danza en la luz su castidad desnuda.
Al trasluz del espectro de la rosa
la presencia de un ángel me saluda.

Trofeo del martirio, mi caricia,
dejó una gema roja entre sus dardos;
la llama del desvelo, la primicia
de mi ritual de estrellas y de dardos.

JESUS IGARZA DELIA

DIRECCION MUNICIPAL DE CULTURA

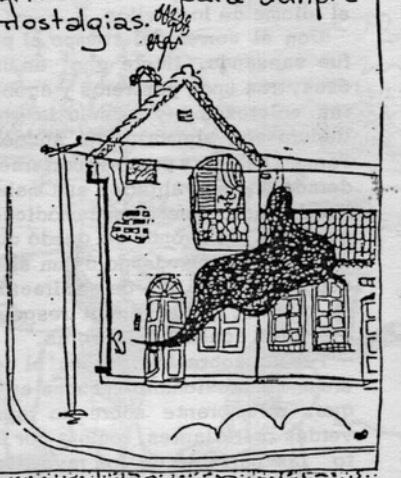
Entre sin llamar

Silencios en fuga

Nani y Pablo

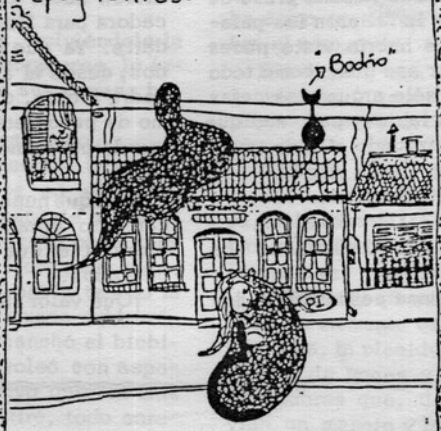
Un silencio, así de grandote, va caminando distraído haciendo como que silbacabíz bajo y patiapiet dritals...

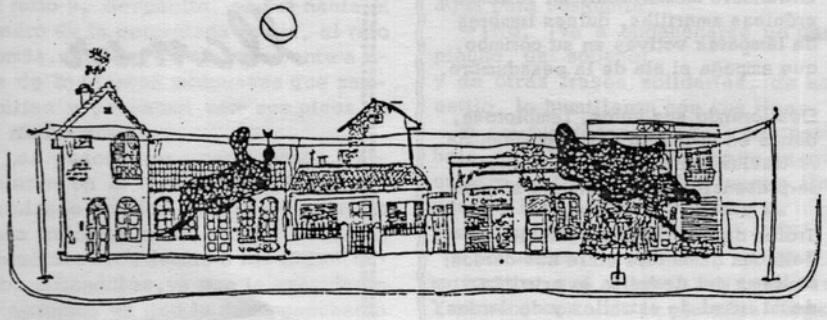
en medio de un barrio, que a los gritos calla para siempre sus nostalgias.



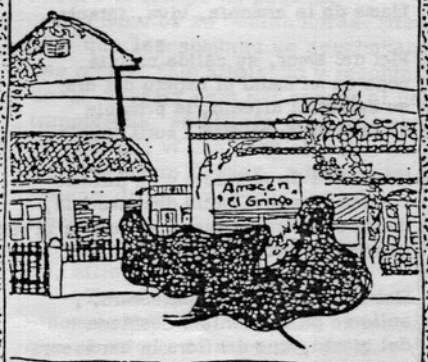
Un silencio, así de grandote, va caminando distraído y se queda curioseando la cola de una hermosa pregunta...

...frente a la casa de "las razones", hermanas ancianas, sordas y repugnantes.

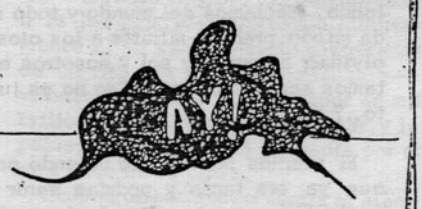




Este silencio distraído tropieza contra otro silencio similar; vulgar, soberbio, presumido, mal intencionado, pero similar...

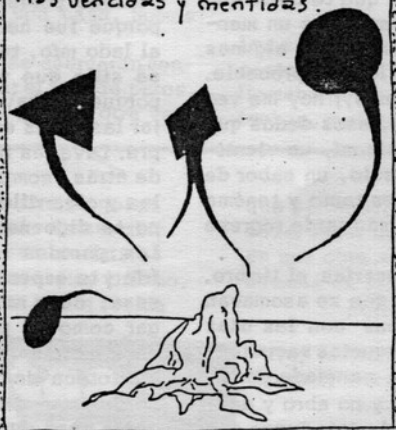


...y no pueden evitar el bochornoso grito de dolor rompiendo el único mito que los justifica en la vida.

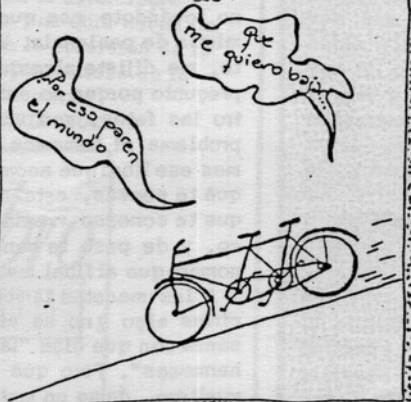


Otros silencios transeúntes, más o menos comprometidos con su función, Silencios valientes, policiales, delatores, traidores y populares, asistieron escandalizados al siniestro disparate, dispuestos a condenar tal hasta su fin.

Pero sólo encuentran viejas ropas sordas, cargadas de historias vencidas y mentidas.



Mientras por la avenida, en bicicleta y desnudos, dos distraídos silencios huyen cantando canciones olvidadas.



Fin

EL AUTOR: Pablo Gonzalez, correntino residente en Rosario, 26 años.

La única manera de leer

Libro CLUB
Galería
Entre Ríos
Local 37
Concordia

PURO CUENTO

por Horacio D. Lapunzina

El jueves acomodé las cosas y me senté en la alfombra. Dejé las revistas a mano, tantas cosas interesantes. Te podría interesar esa nota tan peculiar sobre ciertas plantas, o la otra, la de las galerías de arte no tan famosas de París. Por las dudas, el café estaba listo, la mesa más o menos ordenada, aunque la mesa ¿para qué?, seguramente querrías sentarte acá, dejarte descansar los hombros contra la pared, suspirar y bajar los párpados con la cabeza para arriba. Qué vida, por suerte paré y estás ahí ¿no?

Me puse el vaquero. Siempre me quedaron bien y esta marca no me hace tan flaco. Sí, sí, el corte lo mismo, y la camisa gris que te tiene que gustar, seguro. O el espejo es un mentiroso o yo tengo otros ojos en algunas ocasiones, que es lo más probable. Pero no, creo que estoy; hoy me veo dispuesto a tu mano, esos dedos que vienen despacito hacia mí, un vientito de piel para mí solo, un sabor de café labial, no hables tanto y tenéme un rato así, cuanto más tarde regrese de vos, mejor.

Supuse que no tocarías el timbre. Más bien eras de las que se asomaban al vidrio y golpeabas con las uñas mientras hacías morisquetas sacudiéndote como una muñeca manejada por su dueña. Y yo que abro y no abro y después no te conozco, el viejo juego que tiene un declive de sonrisa en el fondo y que sabemos adonde va. Viste, viste que te esperaba, ves que mi cara es otra ahora, una parte de mí endurecida de esperar, esta es otra mano tocándote ese cuello, los senos, mirála de paciencia. Vos me abrazaste, me dijiste algo que después te lo pregunto porque no entendí. Te muestro las fotos, son una risa y no hay problema si tomamos mate y agarramos ese libro que acomodé justito, vos qué te pensás, estaba calculado porque te conozco, verdad que te conozco, y de paso te pongo algún sobrenombre que al final me va a dar gracia.

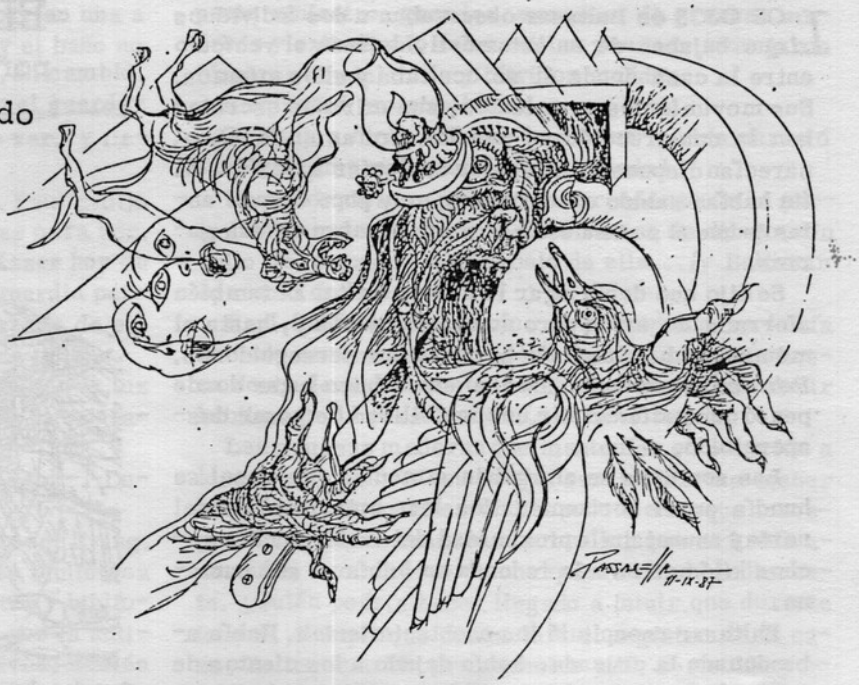
A las macetas también hay que decirles algo ¿no es cierto? No te alcanza con que diga "las plantas están hermosas". Pero qué cosa, qué tipo vueltero, dame un mate, dame un beso, hablá como cuando es de noche muy tarde y estás como cansado y pausado y tu voz es un terciopelo afinado en una nota que va por la pieza circulando. Hablamos del mundo y todo me da miedo, prefiero mirarte a los ojos y olvidar; afuera hay sol y nosotros estamos acá, juntitos. ¿Eso no es justo..?

El viernes me levanté volando porque ya era tarde y podrías venir en cualquier momento. Y qué sé yo, las cosas no estaban en su lugar como te gustan, aunque no ibas a decir nada. Hola, tenés los ojos hinchados. Poné a Ravel, voy a cocinar. Si dibujo no te molesta, me mirás atenta, ponés esa cara de tonta que me gusta, supongo que lo sabés de bicho que sos, te perdono porque la comida está rica y porque fue hermosa la siesta con vos al lado mío, tu ropa me encanta en esa silla que va y viene por la pieza porque no hay caso que me guste dejar las cosas en un mismo lugar siempre. Lavé las tazas, corrí las cortinas de atrás, compré mermelada de ciruelas y cigarrillos, chocolate no pero si no te digo nada no te vas a acordar. Las paredes están bien, ya no hace frío y te espero en cualquier lado de la casa, de a ratos cambiándome de lugar como un pasajero de barco que a cada minuto quiere un mar distinto; la biblioteca de olas altísimas con esos nombres en el cartón pasando y flotando; la pava que chilla y se me viene a la cara por la tormenta de altamar que ahora sucede en la cocina cada vez más llena de ausencia y un silencio descomunal porque ya es tarde, es sábado y no has venido, no ha sucedido nada desde nunca, he acomodado todo y vuelto a cambiar, el café, la mermelada, todo intacto, todo Ravel sonando entre esas paredes que están bien, la silla que fue y vino y fue junto con el vidrio esperando tus uñas, yo hablo con la voz afinada, aterciopelada en una nota y olvidar, afuera hay sol, olvidar, las paredes siguen bien pero me ven llorar ahora sentado en la alfombra con las manos ardiendo y esa congoja torpe de cuando éramos chicos y saber que algo se perdió o, peor, simplemente algo no existía, llorar ahora, grandulote, al saber que no existías. O

EL AUTOR: posadeño, residente en Santa Fe, 23 años.

EL HALLEY

por Daniel Gonzalez Rebolledo



El rancho nadaba en un mar de patos, blancos, grises, picazos y algunos negros. Se despiojaban a la luz postrera, aleteando ruidosamente y, ya secos —como disfrutando de un rito, de un gozo inacabable— volvían una y otra vez a romper en mil brillos la gema verde del tajamar, y la pelusa de sus plumas ascendía por el aire tibio de la tarde.

Golpearon las manos contra el alambrado y dos perros hicieron un claro de ladridos, seguidos de la vieja.

—Juiira... juiiiraa, carajo... ¿Qué se le'h ofrece?

—Un poco de agua, abuela, y descansar. Caminamos desde la ruta porque veníamos de Paraná haciendo dedo, pero como se nos viene la noche tratamos de buscar una casa. Somos estudiantes...

La vieja dejó que se acercaran conteniendo a los perros; el mar de patos, expectante, se había cerrado otra vez. Los estudiantes siguieron dando explicaciones de hacia dónde y cómo se llamaban, la vieja y los perros olfateaban, medían, hasta que los perros, súbitamente, salieron disparados campo afuera y los patos volvieron a sus plumas. Las de la cola, sobre todo, daban mucho trabajo, crraauuaaaac, el serrucho del pico alisando las más largas. Gritos de alguna hembra desbordada por el asedio brutal de varios machos. Grraaauuaaac, el serrucho bajo las alas. Las plumitas diminutas esponjando los reflejos violetas del paisaje.

Después un viejo banco, la noche entrando en la charla y el milagro, límpido, destacando primero su gran cabeza y después la miriada de su cola, el cometa se columpió ahí nomás, sobre el alero. Los estudiantes se pusieron a explicar cifras, radios, longitudes. La vieja trató de agarrar un pato para la cena sin escuchar demasiado, con sus años... Era la segunda vez que veía al Halley, muy chica, había sido alzada por su padre para ver el prodigio enmarcado entre los sauces y ahora estos gurises diciendo cosas tan difíciles cuando este pato no se termina de quedar quieto, carajo, y estas manos flojas de puro reuma, y las largas alas del pato levantando viento y plumas y otros patos alborotándose, y otros vuelos haciéndole levantar la pollera, qué verguenza, pero si lo suelto, y los pies sin el piso y la pelusa que asciende y la bandada en silencio y la vieja toda plateada y el rancho encendido de azul, y los dos chicos sin cifras en su banco celeste, todos entrándose en la cola fantasmagórica del cometa. O

"Creo que gran escritor es quien 'siente' mejor además de escribir mejor. Y esas dos características se dan en Somma Pena. Hay lirismo, hay ingenio, hay una mente lúcida que pertenece a un verdadero observador de la vida. Creo que es una obra valiosa e importante, además de singular".

JOSE NAROSKY

"Hay aforismos que, como diría Borges, merecen la fama".

MARCO DENEVI

"Me sorprendió... Es cautivante, cuesta interrumpir su lectura, tantos son los destellos de inteligencia y tal es la atmósfera de poesía que el autor logra de contínuo. Una obra hecha de hondura, con la precisión de la luz, con lo más valioso de la experiencia humana".

MARIA GRANATA

Libro CLUB
Galería
Entre Ríos
Local 37
Concordia

EL PERSEGUIDO

por Gustavo Perez Blanco

Ilustró Salarí

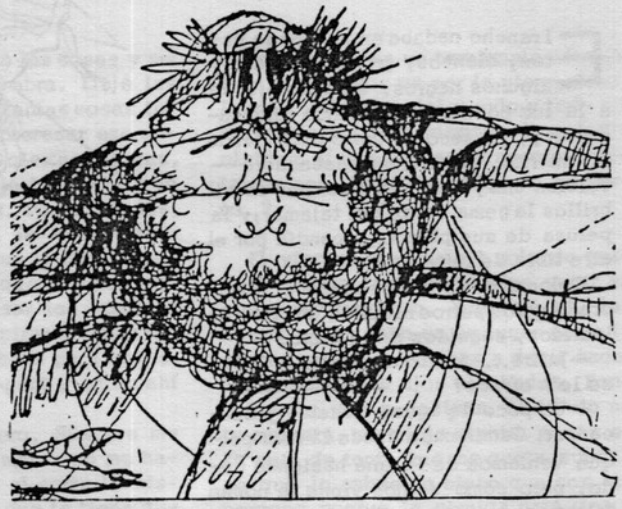
LOS OJOS de Baltasar observaban a dos individuos que bajaban de un automóvil, dejando el vehículo entre la casa donde él se ocultaba y ellos mismos. Sus movimientos eran lentos, sus miradas escrutaban la construcción y, con las armas en la mano, parecían dispuestos a repeler cualquier agresión. Al fin habían sabido encontrarlo, muy poco tiempo antes de que él pudiera escapar para siempre de sus garras.

Se dijo que debía jugar la última carta. El también aferraba un arma pero no quería usarla y, hasta el momento, había sabido burlar a sus perseguidores. Por eso se escondió. Lo hizo en el único lugar donde pensó que podía existir una posibilidad de pasar desapercibido.

Las sombras se alargaban a medida que el sol se hundía en el horizonte. Una leve brisa soplaba del norte y anunciaba la proximidad del invierno. En muchos kilómetros a la redonda no había un ser humano.

Baltasar recapituló los acontecimientos. Había abandonado la cruzada, había dejado a los cientos de miles de hombres que confiaban en él, por huir con Susan. Y, a pesar de todo, estaba a punto de ser apresado y, tal vez, de perder la vida, si —como pensaba— el padre de Susan, Mr. Douglas, había dado esa orden. Y era muy posible que así fuera.

Desde su escondrijo escuchó las leves pisadas de



los dos hombres que se acercaban a la casa. Uno de ellos la había rodeado y se aproximaba por la puerta trasera. El otro cubría el frente.

—¡Es hora de salir, Baltasar! —oyó que le gritaban—. ¡Y con las manos en alto..!

Estaban seguros de que él se ocultaba. Hizo un último movimiento para acomodarse mejor en el lugar en que se hallaba y continuó esperando.

Dos disparos hicieron saltar una cerradura; después, la puerta de entrada se abrió con estrépito. Esos hombres estaban apurados: no querían que las sombras de la noche facilitaran la fuga de Baltasar.

¿Por qué no había huído apenas divisara el auto? Hubiera sido una tontería, se dijo. El había abandonado el vehículo robado y cruzado la frontera del Estado a pié. Era mas seguro. Si hubiera escapado, lo habrían visto con seguridad y aquello se habría transformado en una cacería. No. Mejor había sido esperarlos. Tal vez no lo encontraran.

Rió en silencio. Durante diez días había recorrido mas de mil kilómetros huyendo con Susan, volviendo sobre sus pasos, tomando otra dirección, engañándoles y tratando de hacerles perder la pista. Pero Mr. Douglas tenía dinero a su favor y podía contratar tantos hombres como pistas aparecían. Así y todo, Susan ya estaba fuera de su alcance y él, esperando el momento más apropiado, se había refugiado en la casa de descanso de su tenaz perseguidor. Dos días hacía que vivía en ella y quizá un descuido lo había vendido.

Ahora ellos estaban allí, dispuestos a terminar la persecución.

JOSÉ MARÍA ROSA

HISTORIA ARGENTINA

OFERTA
$ 550.-

Libro CLUB
Galería
Entre Ríos
Local 37
Concordia

TRECE
TOMOS

Oyó a los dos hombres mientras recorrían una a una todas las habitaciones. En la cocina y el baño no se detuvieron demasiado. El dormitorio, en cambio, fue examinado palmo a palmo, hasta en el guardarropa. En el living no había mucho que ver. Y llegaron al cuarto de trabajo.

—Parece que estábamos equivocados, Paul —dijo uno de ellos—. No quedan muchos lugares para ver.

—No, Bob. Estoy seguro de que vi a Baltasar hoy de mañana. Desde entonces he mantenido guardia personalmente desde la colina. Y nadie ha salido de esta casa.

Paul —que parecía el jefe— y Bob dirigían la luz de sus linternas a todos los rincones de la habitación. Baltasar lo advertía con facilidad.

—Ocúpate de esa habitación —ordenó Paul—. Debe ser otro dormitorio.

Bob se alejó. El jefe, desde la puerta del living, hizo girar lentamente la luz. Enfocó la biblioteca primero, y el enorme archivo de carpetas y biblioratos, después. El haz luminoso pasó por la anticuada mesa de dibujo y se posó en el diván. Recién entonces Paul dió unos pasos dentro de la habitación y se acercó al archivo. Además de estantes, este mueble, en su parte inferior, tenía puertas pequeñas y cubría toda una pared. Un hombre, encogido, podía ocultarse en ellas si quitaba el contenido.

Paul las abrió una por una.

Bob retornó de la otra habitación.

—¿Habrá un sótano? —preguntó.

—Búscalo... —fue la respuesta.

Baltasar contenía, casi, la respiración. Se movían a su alrededor: Bob salió nuevamente de la pieza; Paul continuaba su inspección. En un momento dado, la luz de la linterna de éste se posó directamente en la madera que lo ocultaba. Pero casi de inmediato se desvió.

—Sube al techo —fue la nueva orden. Y siguieron pasando los minutos. Pero el resultado del nuevo registro también fue negativo.

—El maldito se burló nuevamente —oyó murmurar a Paul, apretando los dientes—. ¡Vámonos! Todavía me queda algo por hacer...

Los pasos se alejaron. Poco despues, el auto se ponía en marcha y se perdía en la noche.

Baltasar dejó pasar el tiempo.

El silencio volvió a renacer en la habitación. Las sombras se espesaron: el gris se transformó en negro y la oscuridad invadió la casa.

A lo lejos se oyó el silbato de una locomotora.

Los grillos iniciaron su monótona serenata nocturna.

La luz de la luna se filtró por la ventana y el living —amoblado en antiguo estilo— adquirió un aspecto siniestro: grandes, oscuros, de gruesas maderas y extrañas formas, sillas y mesas semejaron fúnebres candelabros y tétricos ataúdes.

La quietud era absoluta.

O, mejor dicho, lo fue hasta que la vida pareció surgir de improviso en aquella soledad.

Un par de piernas pareció desprenderse de la parte inferior de la madera de la mesa de dibujo. Un bulto se arrastró por debajo de ella... ¡y Baltasar apareció de la nada!

Paul había tenido razón: el perseguido se había burlado nuevamente. A su inteligencia unía una buena dosis de audacia. Y lo había demostrado al eludir hábilmente la persecución... y la violencia.

Las gruesas maderas que mantenían en posición a los cajones de la mesa habían servido para sostener a Baltasar en aquel escondite poco menos que insospechable. Otras maderas, sobre las que se había acostado, lo ocultaron de cualquier mirada indiscreta. ¿Quién podría haber llegado a intuir que durante todo el tiempo que demandara el registro de la casa, Baltasar había permanecido allí, sostenido y oculto por las mismas maderas, debajo de la mesa de trabajo?

El aparecido sonrió al pensar en ello. Sonrió triunfalmente porque ya no podrían detenerlo.

Estiró sus miembros entumecidos y mantuvo su sonrisa satisfecha. Pero una voz firme cortó su bostezo:

—¡Mantenga sus brazos en alto, amigo! Su silueta se recorta perfectamente contra el claro de la ventana... ¡y estoy apuntándole!

Baltasar quedó pasmado... y con los brazos en alto. Por la voz que surgía de las sombras, adivinó que quien lo amenazaba era Bob, el ayudante.

—Está bien —dijo con tranquilidad, después de un corto silencio—. Usted va ganando...

—Me dijeron que usted es peligroso, Baltasar —volvió a decir Bob—. Por eso le prevengo que tiraré a matar si hace algún movimiento sospechoso.

—No se preocupe. No me moveré.

—Así es mejor. Voy a confesarle que no me gustaría disparar contra usted. Ha demostrado ser inteligente.

—No más que usted, al parecer.

—Que mi jefe, en todo caso. El me ordenó permanecer aquí en silencio hasta que usted se hiciera visible.

—Ha sido muy perspicaz...

—Le pagan para ello. Por eso fingió abandonar la búsqueda.

Bob oyó el suspiro de resignación de Baltasar.

—¡Hum! Sí, parece que he fallado...

—Sí, Baltasar. Se jugó la última carta y la per-

dió. Y aunque debe estar orgulloso del trabajo que nos ha dado, debe aceptar su derrota...

—¿Derrota? —Bob notó la ironía en el tono de voz de Baltasar—. ¿Derrotado yo? ¡Esta vez se equivoca usted! ¡Yo he asegurado mi triunfo hace ya algunos días!

—¿Cómo? ¿No comprende que no podrá escapar?

—Eso no significa ser derrotado. Ni aunque Mr. Douglas decidiera matarme podría considerarse vencedor.

Bob sospechó una trampa desesperada y apretó su pistola.

—No lo comprendo —dijo lentamente—. ¿Qué quiere decir?

—Hay algo que Mr. Douglas no podrá borrar jamás. Ni con la brillante posición que ocupa, ni con las influyentes amistades, ni con todo el dinero que tiene. ¡Y ese "algo" es el ser que Susan y yo hemos gestado, el hijo que ella va a tener..!

Fue como un golpe. Bob comprendió de inmediato que aquella partida la había ganado Baltasar y nada pudo responder a las exaltadas palabras del fugitivo. Dejó pasar unos segundos antes de preguntar:

—¿Por qué se odian? ¿No pueden soportarse, siquiera? Yo no conozco bien el asunto. He sido contratado para seguir su pista y solo sé su nombre de pila. Tampoco pude requerir mayores datos. Por eso será que no me explico muchas cosas. ¿Sabe usted que hay una recompensa por su cuerpo... o su cadaver?

—Parece que usted ignorara quien... o que soy.

—Sé su nombre; me dijeron, además, que es usted un líder, posiblemente un idealista que lucha por algo que Mr. Douglas no llega a entender como usted. También, que tiene buena puntería y, por lo tanto, que resulta peligroso. Y que raptó a Susan Douglas.

Baltasar no respondió de inmediato. Pareció estudiar las palabras que oía, antes de contestar. Y cuando lo hizo, el timbre de su voz pareció mas grave aún que de costumbre.

—Su jefe, a quien usted llamó Paul, le habrá informado que no pueden acusarme de ningún crimen. Y no porque no lo puedan probar, sino, simplemente porque no lo he cometido. Me persiguen por lo que soy... ¡y porque me he casado con Susan Douglas!

—¡Pero eso no es suficiente! —exclamó Bob.

—Pero hay una diferencia entre ustedes y yo. Una diferencia que yo quiero allanar y ustedes desean mantener. Yo lucho por convicción y ustedes por costumbre, por prejuicios...

En la oscuridad de la estancia, Bob quedó perplejo. ¿De qué hablaba aquel hombre?

Baltasar pareció comprender su silencio y sus mudos interrogantes.

—Encienda una lámpara, Bob —dijo suavemente— y conózcame.

Bob titubeó. ¿Sería esa la trampa?

—Hágalo usted —dijo—. Yo lo vigilaré.

Aún desde lejos debe haberse divisado la ventana iluminada por aquella llama que, durante apenas unos minutos, brilló en el living de la casa de descanso de Mr. Douglas. Después, como un enorme ojo que se cierra para entregarse al reposo, volvió a oscurecerse.

Fue un lapso ínfimo, pero fue suficiente para Bob. Cuando sopló la llama de la lámpara había comprendido mucho. Mas que eso: todo.

El silencio volvió a imponerse en la habitación. Luego, repentinamente debil, la voz de Bob quebró la espera.

—Mientras usted encendía la luz pensé muchas cosas —balbuceó—. Creí que me encontraría frente a un gangster, a un malhechor conocido... En fin, no pensé nunca que usted sería...

Baltasar sonrió en la oscuridad.

—Además —continuó Bob—, su nombre podía ser sólo una cortina, una forma de nombrarlo sin necesidad de usar el verdadero...

Volvió a callar. Estaban frente a frente, en las sombras, sin atinar a moverse.

—¿Cómo... pensaba huir? —volvió a preguntar Bob.

—Cruzando la frontera.

—¿A pié?

—No había otro medio. Si Susan lo hizo...

—Ella lo espera, ¿verdad?

—Así es. Seguiría viaje a Sudamérica. Talvez aquella sea la tierra que buscamos hace mucho.

Bob ya no apuntaba a Baltasar. Y al oir aquellas palabras, recobróse de su letargo y guardó el arma.

—¡Váyase! —exclamó de pronto con voz firme—. ¡Váyase antes de que vuelvan Paul y los otros... o que yo me arrepienta!

—¡Pero..!

—¡No tema! ¡Váyase enseguida!

En la oscuridad, Baltasar encontró la mano de Bob.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Y cuando el fugitivo se perdió en las sombras de las colinas, el ayudante de Paul volvió a encender la luz de la lámpara.

—¡Qué paradójico! —murmuró—. La oscuridad me hizo ver que no hay diferencia...

Calló un segundo y luego agregó:

—¡Paul debía haberme explicado que Baltasar era un negro! ●

Rodolfo Taubas

MUSICA AFROAMERICANA Y MEDICINA (más aquello que esto)

Con la segunda edición de "El Gualeguay" nos llega un extenso reportaje a Rodolfo Taubas, un hombre joven de nuestro medio, que el público de Concordia ha aplaudido en distintos escenarios locales como creador, compositor y cantante. Pero detrás del director de un grupo musical existe una personalidad que pivotea en un profundo conocimiento del género que cultiva y en experiencias personales que lo llevaron en su momento hasta México y lo acercaron a otras figuras prominentes de la música.

Cary Pico, director de "El Gualeguay", supo extraer todo esto y volcarlo en la nota citada. Por nuestra parte, sólo reproduciremos unos pocos párrafos, en un intento de difundir algunos aspectos de la personalidad de Rodolfo Taubas.

– Tendríamos que explicar un poquito que es la música afroamericana para que el lector se interiorice un poco más de esto. Lo afroamericano nace –por supuesto– en Africa, llega a América Latina con la trata de esclavos y aquí comienzan los géneros que despues vamos a ir explicando, a los que se denominan o se les da el mote en los EE.UU., para lograr una mayor difusión –con gente muy capaz que los valoro mucho, muy capaces como Rubén Blades, Willy Colón– de "salsa"; ellos le dan esta denominación. Aunque "salsa" ya lo llevó Gershwin en mil novecientos y pico de Cuba, en una obertura de música cubana en un tema que se llamaba "Echale Salsita". Allí, Gershwin ya lo trabajaba a esto. Así que no es nada nuevo, solamente que es una moda ahora, algo picante, sabroso.

Entonces esa música en Argentina está comenzando a difundirse, no sé por qué.

– Tiene que ver el momento democrático que está viviendo el país?

– Por supuesto. Se permite y es importante la difusión de este tipo de género, hay posibilidades de difundirlo en las radios, en televisión, en programas de Buenos Aires y las provincias, como tantos otros que no tendrían validez o no habría cabida. Entonces, este ritmo salsa no pertenece a nuestra idiosincracia, pero que sí tiene raíces, porque nosotros también tenemos acercamiento a ellas, solamente que ya no existen, porque –la chacarera, el gato, tienen raíces africanas–; no te voy a decir un candombe o música brasileña porque eso es netamente africano, con un cambio, con mezcla de distintas etnias, etc., pero música africana.

Pero hay posibilidades en la Argentina y ya se está dando que esta música empieza a caminar, a ser consumida; pero que está empezando a caminar la música afroamericana, es un hecho.

– Desde que llega la música africana aquí, a nuestra América, cuando los africanos son traídos a la fuerza, por supuesto, aprovechando las guerras internas que existen entre las naciones de Africa, los tratantes de esclavos, –los "negreros" como les llamaban– tanto portugueses, españoles e ingleses, traen a América a estos esclavos que vienen con su ritmo interior. Sus únicos instrumentos –que los tiene más arraigados la nación yoruba– es el ritmo de "bemba", o sea el ritmo de los labios que es percusivo, y las palmas. Esto es lo único que traen, inclusive la tribu yoruba no usaba tambores; nada más que "bemba" y palmas en toda su tradición de siglos, muy primitiva. A los tambores los emplearon estando en América, tomándolos seguramente por una cuestión de supervivencia.

Entonces, al llegar a América empieza la integración o sincretismo entre los africanos, los indígenas y el español; empezando allí a surgir ritmos –con influencia de la contradanza francesa– como la guajira, el wawancó, –que forma parte de la rumba junto con el "yambú", la columbia, y otros que en total suman cinco– el "dansón", el bolero, el cha-cha-cha, etc., hay una variedad impresionante.

– Yo empecé desde mucho antes, desde Urdinarrain. Nací en Gualeguaychú y me crié hasta los 17 años en Urdinarrain. Ahí empecé, inclusive me lleg ó el primer libro sobre Nicolás Guillén; comencé a hacer música afro, cosa muy extraña en una ciudad como ésta.

Nace desde Entre Ríos, porque yo empecé a componer encerrado en mi zaguán que tenía reverberancia y me podía escuchar, haciendo folk-son, que despues me enteré que hacía Bob Dylan en EE UU., un tipo que leía los diarios y "musicalizaba los periódicos". Bob Dylan, The Beatles, Elvis Presley, son padres de esta nueva era.

Desde ese entonces comienza esta tarea. Despues viene el paso a una ciudad grande, culturalmente motora, termómetro de la Argentina, que es Córdoba y allí empecé el trabajo en café concert. Estuve trabajando como solista cinco años hasta que armé el grupo, elaboramos el movimiento Canto Popular de Córdoba, épocas hermosas. Pienso que esa fue la gestación de mi etapa del "nuevo canto" o "canto popular".

– Fueron dos etapas en México. La primera de ocho años, regreso a la Argentina en el '85, y en el '86 vuelvo nuevamente, estando unos seis meses donde allí elaboro otra parte.

En la primera oportunidad estuve con el grupo "Elegía" que había formado en Córdoba, con gente de Mexico y de Argentina. Tenemos grabaciones, hay un disco inclusive, que nunca salió que grabamos con Zitarrosa, Los Hnos. Parra, Viglietti, etc., sobre canciones para niños.

Despues hicimos grabaciones y videos en TV en todo el país y posteriormente, como solista, grabé dos LP musicalizando al poeta argentino José Antonio Credón, Premio Nacional de Poesía Mexicana en 1985, con el que hicimos estos dos trabajos. Anteriormente grabé un material con Lito Nebbia, Néstor Astarita y Jorge González, un disco sencillo o simple que se llamó "Elegía" donde grabo el "Sóngoro Cosongo y "Rumba". Ese material lo edité en el '82 y '84. Y en el '86 edité un casette –porque ya era difícil sacar un LP– con un cantente popular, el etnomusicólogo Helio Huesca, titulado "Perfiles" donde mostramos algunas facetas nuestras que teníamos guardadas.

Fue muy importante, vivencialmente, el trabajo con esta gente; conocer otra cultura sobre todo porque no tiene nada que ver. Salís de Argentina y en este caso México, es otro mundo, los mayas y los aztecas –cosmogónica, e-

nergética y moralmente– dejaron otra cosa. Entonces son dos cosas diametralmente distintas.

Vivenciar todo eso, trabajar con músicos mexicanos y argentinos que en ese momento fueron por distintas razones, fue algo muy interesante para nutrirme. Es un balance muy positivo.

– ¿Qué actividad desarrollás en Concordia además de la música?

– Bueno, este es mi tema escabroso que siempre mi madre me lo pregunta.

Me quiero referir en concreto a este tema: es muy difícil realizar un trabajo digno con la música o con cualquier otra actividad artística, porque es indudable que en este país está desvalorizada esta profesión, cada uno tiene que tratar de subsistir por otros medios para poder seguir desarrollándose, creciendo con la música.

– Creo que hay gente que todavía no sabe o no ha tomado conciencia que el músico no es el bohemio que se alimenta de un choripán y un vino; que se encierra en un altillo a tocar la guitarra, que desconoce lo que acontece en el mundo y le llegan unos puchos y la musa inspiradora para elaborar sus temas y no necesita más que eso. O sea que las proteínas, las vitaminas le llegarán a través de las notas musicales.

Entonces comer, que significa vivir –porque está la alimentación espiritual pero también la otra que no podemos dejar de lado– en esta cultura, el músico que está viviendo de la música la está pasando muy mal. No solo en Argentina, es general, pero lo estamos viviendo acá. Entonces la mayoría de los músicos debe dedicarse a talleres, a ensañar o algo colateral a eso para poder subsistir, hasta que estos señores que manejan la cultura, los medios de comunicación, todos esos mecanismos que están relacionados con el arte, se den cuenta que el músico tiene que trabajar como músico, por lo tanto vivir.

– Sabemos que tu otra actividad paralela a la música es la medicina. ¿Cómo se pueden conciliar estas dos actividades que son antagónicas?

– De ninguna manera (risas). Lo que pasa que la medicina es –tal vez– un capricho familiar –suele suceder–, como el nene no podía ser futbolista tuvo que ser médico, o abogado, o sacerdote. Bueno, la medicina llegó y fue cortándose en distintas etapas, primero en Córdoba luego se terminó en México y ahora está la reválida, hace dos años que estoy luchando por la reválida; la burocracia que está, que es latente, hay que cortarla porque no puede ser que un papel esté detenido dos años; este tipo de cosas no pueden existir.

Estoy en hospital, en contacto con la gente, hablo con ella, me entero de sus problemas, trato en lo posible de ayudar en algo. Pero es mínimo lo que se puede hacer. Esto necesita un trabajo de fondo, de base, un proyecto de educación para la salud o una medicina preventiva que es lo que me interesa. Y puede acercarse un poquito esa parte a la música, porque está dentro de una cultura, de un contexto, de la situación del hombre.

La musicalización de poemas comenzó hace mucho tiempo y creo que va a continuar, por supuesto que musicalizar a Nicolás Guillén no es lo mismo que a Marta Zamarripa, no en el sentido temático sino en el rítmico, porque todos tenemos un ritmo interior personal. Guillén ya me lo está cantando, pero hay otro ritmo más regional, más entrerriano que lo estoy descubriendo o redescubriendo en poetas de esta provincia. No por eso hago chamarrita, hago un tema como "El titiritero" que no tiene nada que ver con el litoral y que puede acercarse más a "Zorba el griego". Pero los ritmos interiores son distintos; en el caso de Marta Zamarripa, su ritmo es más "conversacional" si se quiere.

– Cómo ves la situación de la música argentina?

– Es difícil. Hay muchas corrientes, muchos caminos para andar pero gente joven que lo está haciendo, mediana y adulta que ya algunos recorrieron y otros comienzan este camino. Se están haciendo cosas. Pasó una época en que había apertura y cabida para esa "onda" del canto popular, ahora se ha cerrado nuevamente y es más difícil. Entonces aparece la autogestión en la producción, en la difusión y creo que por allí va el camino. No le veo otra salida.

Que los organismos oficiales, universidades, comisiones, secretarías y ministerios abocados a la cultura y la educación abran los ojos y den entrada a las propuestas interesantes, de donde –pienso– van a surgir las nuevas pautas para el desarrollo y enriquecimiento de una cultura nacional y popular, de nuestra región, pero representativa y genuina.

Aquí yo no es que me esté negando que por hacer afroamericano no sea genuino; al contrario, lo que tiene raíz es genuino.

La música argentina tiene mucho que ver con lo africano. ●

Encuentro de Directores de Teatro de Entre Ríos (...y ya van dos)

por Lucrecia Lessa

Al comienzo de este año, más precisamente en marzo, se realizó en Concordia el 1er. Encuentro de Directores de Teatro de Entre Ríos. Pese a que en aquella oportunidad hubo varias ausencias, la experiencia fue rica y productiva. Recordemos, por ejemplo, la presentación del grupo "Tablas" (Gualeguaychú), con la conducción de Socorro Barcia, en la obra "Chaná, mi pariente", que resultó un aporte valiosísimo.

También en ese primer encuentro se concretaron la fecha del segundo y los trabajos que se pondrían en escena, como una forma de mostrar lo que cada uno hace y de intercambiar experiencias.

Cierto es que con demora (estaba programado para junio) se llevó a cabo el 2do. Encuentro de Directores de Teatro de Entre Ríos. Como en la vez anterior, fue Concordia la sede, pero el número de participantes se incrementó considerablemente y asistieron, no sólo Silvia Rodriguez, funcionaria del área de Teatro de la Subsecretaría de Cultura y Prensa de la provincia, sino también el subsecretario Mario Alarcón Muñiz y el señor Jorge Albornoz.

Mario Puentes (Concordia) y Félix Gutierrez (C. del Uruguay) fueron los directores que, en esta oportunidad, protagonizaron el seminario sobre "Perspectivas de Dirección". Néstor Passarella, Miguel Carcabelos y Mario Puentes, con la dirección de este último, presentaron "Fábula del cajero que se comió un bizcocho" en la sala del grupo Mente. La gente de Concepción del Uruguay, dirigida por Gutierrez, presentó en el Auditorium "Tratála con cariño", de O. Viale.

Carlos Miggoni y Jorge Ríos con Puentes y Gutierrez participaron de los talleres para nuevos directores. Esto implicó llevar a la práctica la teoría que cada uno sustenta acerca de la actividad teatral.

El evidente fortalecimiento de este quehacer es, sin duda, el resultado de una acción coordinada entre la AET (Asociación Entrerriana de Teatro), que ya nuclea a catorce localidades de la provincia, y la Subsecretaría de Cultura y Prensa, cuyos funcionarios han apoyado sin retaceos todo proyecto cultural en Entre Ríos.

De este último encuentro surgió la propuesta de una muestra provincial, idea sobre la que se trabajó sin pérdida de tiempo, de tal manera que allí mismo se concretaron las pautas, el lugar y la fecha.

Paraná será la sede y la muestra se desarrollará del 3 al 8 de noviembre de este año, fechas en las que se podrá juzgar el trabajo de catorce grupos teatrales. Seguramente Concordia estará representada por más de un grupo. O

El mundo lituano de Slepetis

por Fco. Tomat-Guido

¿Qué consideraciones se pueden hacer sobre un libro profundo, representativo, de la poesía lituana? Muchas, por supuesto. Pero la fiebre y el temblor, los ángulos dolorosos y fecundos, la memoria ancestral que corre por sus páginas, nos enfrenta a una literatura poco conocida, a esos nerviosos universos donde el poeta, Aldo Miguel Slepetis, conoce con tanta profundidad, acaso por sus ancestros que han volcado sangre, sueños y esperanzas para sobrevivir después de tantos acontecimientos a lo largo de su historia.

Por lo expuesto, vamos a ser confidentes y, de tal modo, acercar algunas consideraciones sobre el libro "Vytis", seguros que nos quedarán aún por decir muchas cosas del universo de este argentino-lituano portador de una lúcida verdad existencia. Esos poemas que levanta, esas traducciones puntuales, la biografía de algunos escritores, entre ellos Oscar W. Lubicz Milosz, y su misma resonancia, son agudas imágenes larvarias de su sentir, las relaciones con la materia tratada, el humano círculo donde gira la verdad de sus sueños y los múltiples hilos de la realidad, el trayecto nervioso del pensamiento, la carne y la culpa, los relámpagos de la sangre, el cuestionamiento a las formas aterradoras y los alimentos que descubre en las más sutiles formas de la cruxifición, se extensan en el temblor y la exaltación del mundo posible, cobran medida y peso en su lenguaje y llegan a la estación espiritual con una carga tan acusada que se hace nuestra voz y participamos de ella.

Creo que es importante señalar esto por la metamorfosis que Slepetis levanta como utilización de las cosas. Allí está el gran río de la vida fluyendo, la pesadilla de las horas que se filtran sin apelación posible, la madera de tantos posibles perdidos que una gravitación que se fue en sombras, en hacinamientos, en materia cuya duración solamente puede ser rescatada por la conciencia; esa asombrosa serpiente que trepa desde el oscuro misterio y que se hace luz más allá de las malas solicitaciones. "Vytis" es una reconquista de todo lo expresado. Y en ese equilibrio, Miguel Angel Slepetis nos entrega la verdad de su tierra, la verdad de sus sueños y el amor, como resurrección de las profundas semillas del hombre. O

Góngora, el hombre secreto

por Alejandro Bekes

Pocos son los escritores que releemos; aún menos, los que llevamos con nosotros, los que nos acompañan siempre; hombres cuya palabra es voz en nuestra voz interior, en la conversación silenciosa del pensamiento. Estos merecerían, quizá más que otros, el apodo de "clásicos", si no fuera porque este vocablo evoca la frivolidad de los críticos, la taxonomía de los profesores y no la amistad y la magia de un Góngora.

Góngora, sin embargo, no es un amigo fácil. No es el confidente pacífico ni exaltado, no es Cervantes ni Quevedo. Es el hierático señor de un reino fabuloso, de un huerto cerrado, cuyas llaves guarda celosamente y sólo concede al paciente, al humilde estudiante, al cazador de maravillas:

> Entre espinas crepúsculos pisando...

Góngora, fútil o profundo, mínimo o poderoso, casi siempre magnífico, no nos dejó abierto su corazón; no es un camino franco el que nos lleva a él. A cada paso nos acechan los desafueros del hipérbaton y de la alusión mitológica. Se interponen, entre el alba y nosotros, los "autem" y los "enim" del lúgubre (del luminoso) latinista (pero virgiliano). Así, en un recodo de su "Fábula", nos rechaza

> ...éste, pues, formidable de la tierra
> bostezo...,

pero, en seguida:

> Sicilia, en cuanto oculta, en cuanto ofrece,
> Copa es de Baco, huerto de Pomona...

Y allá, en el soneto XX:

> Goza, goza el color, la luz, el oro.

Recorriendo sus Soledades laberínticas, nos asalta la duda: ¿hay aquí algo más que lujo verbal, algo más que "varia imaginación"? ¿Dónde está el hombre, dónde está el corazón, el alma de la mole? ¿Había, realmente, un corazón?

La credibilidad (Dios me libre de decir sinceridad) nos resulta, sin duda, el gran problema del siglo XVII. Sentimos que, en este punto, ni Quevedo ni Góngora resisten la comparación con Garcilaso, por tomar un ascendiente directo, aún admitiendo, con Antonio Machado, que hay "siempre un ascua de veras en su incendio de teatro". Todo lo que en Garcilaso es grato hallazgo, o parece virtud innata, se vuelve en los otros populoso artificio. El mismo Góngora, al parecer, entendió su dificultad, su lejanía, su necesidad de apartamiento, de secreto y de enigma, casi como una condena:

> Por que aquel ángel fieramente humano
> No crea mi dolor...

Necesitamos, como hipótesis, creer en el corazón de Góngora para explicarnos versos como estos, del soneto CLIX:

> Peligro corres, Licio, si porfías
> En seguir sombras y abrazar engaños.

Y también el tenebroso fulgor, el arduo vaticinio de los que le siguen:

> Mal te perdonarán a ti las horas:
> las horas que limando están los días,
> los días que royendo están los años.

Por otra parte, cómo no oir la compasión, la comprensión plena del dolor sin vallas, en aquella breve canción:

> La más bella niña
> de nuestro lugar,
> hoy viuda y sola
> y ayer por casar...

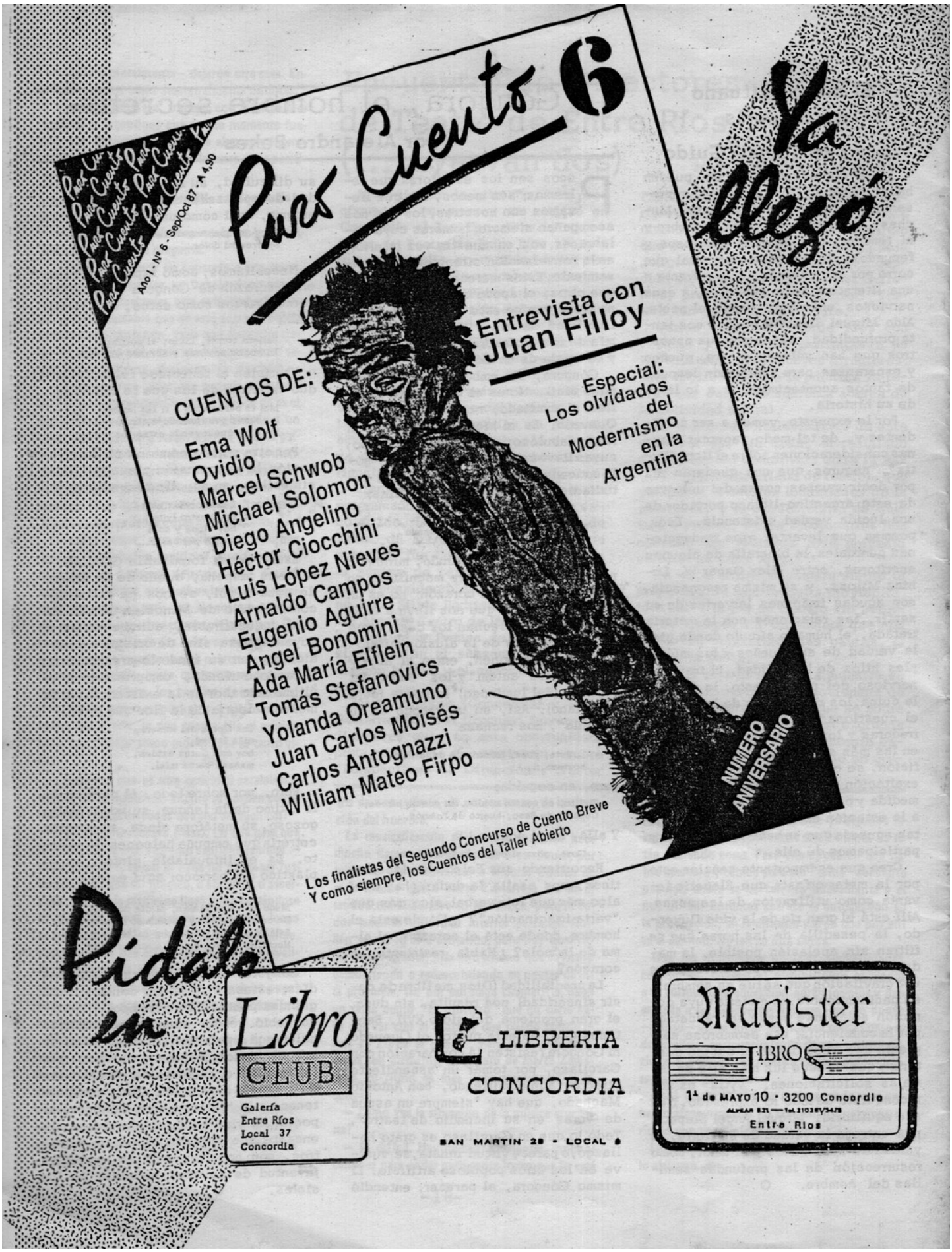
Este, pues, formidable Góngora de la tierra hispana, dueño de un idioma de agua y sol, se nos ha escondido como el hijo de Minos en un palacio casi indescifrable, aunque no es el suyo de tierra sino de cristal espléndido, y en su fundo lo presentimos, llorando o riendo, comprendiendo el último sinsabor de la existencia, o la menuda alegría de la flor que pasa:

> Las flores del romero,
> niña Isabel,
> hoy son flores azules,
> mañana serán miel.

Pero, por sobre todo, él perdura en lo íntimo de la lengua, su vocabulario gozoso, su metáfora alada, su poética cetrería que empuña halcones de viento. Es el inigualable pintor, es el plástico del barroco; aquí está:

> Mudo la noche el can, el día dormido,
> De cerro en cerro y sombra en sombra yace.
> Bala el ganado. Al mísero balido
> Nocturno el lobo de las sombras nace.

Góngora acabó amargamente sus días; estaba disgustado con los otros grandes poetas de su tiempo. A menudo debió vender sonetos por moneda palaciega, por el olvidadizo favor de hoy olvidados duques y obispos, por la apurada consideración de patrones de armiño o de sotana. Todo eso pertenece a la historia; no a Góngora, el poeta. El vive aquí, con nosotros; su encastillado corazón late para nosotros, con nosotros está la recóndita juventud de su voz: herencia de los siglos. O


Puro Cuento 6
Año I - Nº 6 - Sep/Oct 87 - A 4,90
Entrevista con Juan Filloy
CUENTOS DE:
Ema Wolf
Ovidio
Marcel Schwob
Michael Solomon
Diego Angelino
Héctor Ciocchini
Luis López Nieves
Arnaldo Campos
Eugenio Aguirre
Angel Bonomini
Ada María Elflein
Tomás Stefanovics
Yolanda Oreamuno
Juan Carlos Moisés
Carlos Antognazzi
William Mateo Firpo
Especial: Los olvidados del Modernismo en la Argentina
NUMERO ANIVERSARIO
Los finalistas del Segundo Concurso de Cuento Breve
Y como siempre, los Cuentos del Taller Abierto
Ya llegó
Pídalo en
Libro CLUB
Galería Entre Ríos Local 37 Concordia
LIBRERIA CONCORDIA
SAN MARTIN 28 - LOCAL 6
Magister LIBROS
1ª de MAYO 10 - 3200 Concordia
Entre Ríos